

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos, en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Novelas, láminas, figurines, dibujos y patrones.



PRECIOS.

En Madrid, un mes.....	8 rs.
Un mes.....	9
Trimestre....	27
Semestre....	52
Un año.....	100
Ultramar y extranjero.....	8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Estudios históricos: Quinto Sertorio.—El Amanecer (poesía).—Un episodio de la guerra de los Estados-Unidos.—A la memoria de la esposa de mi caro amigo D. José Miró: elegía.—El arrepentimiento es un nuevo bautismo: novela de costumbres sociales, original (continuación).—Revista literaria.—Revista de modas.—Explicación del figurín.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

QUINTO SERTORIO.

I.

Numancia, la ciudad mas independiente de la España ceterior, habia caído convertida en un montón de escombros en poder de la orgullosa Roma.

Los numantinos, conociendo lo imposible de salvar su independencia, preferirieron mejor ahogarla en un torrente de su propia sangre, que verla uncida al carro de triunfo de sus desapiadados vencedores.

El Senado romano llegó por fin á ver cumplido su ardiente deseo, y una calma inalterable reinó por espacio de algunos lustros en la Iberia, como si el

espíritu altivo y guerrero de sus hijos, reconcentrado en Numancia, hubiera sido sepultado entre los humeantes escombros de la ciudad heroica.

Los pueblos, de la misma manera que los hombres, hacen en momentos de prueba sobrehumanos esfuerzos que agotan su vigor, despues de los cuales caen en brazos de la fatiga ó el desaliento, sin que vuelvan á salir de tan lastimoso estado sino despues de haber adquirido con la tranquilidad nuevas fuerzas, ó despues de haber apurado hasta las heces la copa del sufrimiento.

Esto fue lo que sucedió en España: sujetos sus naturales al yugo romano, se hubieran indudablemente resignado con su destino, si la avaricia y las arbitrariedades de los pretores no les hubieran exasperado de tal modo que, tomando de nuevo las empolvadas armas de sus padres, corrieron al combate resueltos á romper para siempre aquella odiosa servidumbre.

El genio terrible de la guerra tornó, pues, á batir sus negras alas sobre los campos celtíberos, y la fortuna, esa deidad inconsecuente y caprichosa, ofrece el laurel de la victoria tan pronto á unos como á otros combatientes.

La paz huye, pues, de la Península, y sus naturales, vencidos unas veces por los cónsules Quinto Servilio Cepión, Sergio Sulpicio Galba, Junio Silano, y vencedores otras de Rutilio Rufo, Malio Máximo y Lucio Calpurnio Pison, resisten cuanto les es posible la dominación de Roma, bajo cuyo tirante poder solo existe para ellos toda clase de vejaciones.

II.

Este era el estado del espíritu público en España cuando el sanguinario Lucio Cornelio Sila, apoderado de Roma después de haber vencido á su rival Mario, empezó á escandalizar al mundo con sus atropechos y demasías.

Quinto Sertorio, caballero romano, tribuno militar, comprendido también en las tablas de proscripción del tirano, evitó la muerte huyendo de Roma y refugiándose en España: seguido de algunos parciales, levantó con brazo fuerte y corazón altivo el estandarte de la rebelión, ansioso de libertar á su patria del yugo de aquel despótico cónsul.

Muchos de los romanos residentes en la Península abrazaron su partido y los celtíberos y los lusitanos, dispuestos siempre á ofrecer su acero á los enemigos de Roma, corrieron á engrosar las filas de la hueste sertoriana.

El éxito más lisonjero coronó los primeros encuentros que sostuvo Sertorio, y los generales de Sila fueron rotos y vencidos en cuatro batallas por su valor y su entereza.

Semejantes triunfos acrecentaron de tal manera su reputación, que muchas ciudades le mandaron embajadores solicitando su alianza.

Sertorio, dispuesto á no desperdiciar las ocasiones, recibió con la mayor amabilidad á los enviados, y después de escuchar sus razonamientos, les ofrecía su ayuda, levantándoles los onerosos tributos que pagaban á Roma.

Con semejante modo de obrar, llegó á granjearse en tan alto grado el aprecio de los españoles, que de todas partes corrían á engrosar sus filas, y bien pronto vió armada en su ayuda las dos Españas ulteriores y citerior.

No fue esta sola la prueba de cariño que Sertorio recibió de los hijos de la Península.

Era costumbre en aquellos tiempos entre los españoles llamar *devotos* á los más decididos partidarios de un general, los cuales hacían juramento de defender su vida á todo trance, y además á no sobrevivir á la muerte de su caudillo.

Escaso había sido siempre el número de estos adictos que, llenos de fe y de abnegación, se encontraban dispuestos á servir con sus pechos de escudo al hombre á quien juraban obedecer; pero Sertorio tuvo la dicha de contarlos por millares, y recibió muchas veces pruebas de su rara fidelidad.

Picada en una ocasión, por fuerzas superiores, la retaguardia del ejército sertoriano, cuando este estaba de acogerse al abrigo de una ciudad amiga, observaron los *devotos* que á causa de la confusión del combate no podía el general entrar por las puertas.

Entonces muchos de ellos forman escala con sus hombros, le cogen sobre ellos y le facilitan la entrada por cima del muro, donde otros le aguardaban para alargarle la mano y recibirle.

III.

Sabedor Sila del gran acrecentamiento del partido de Sertorio, comprendió la necesidad de acabar de una vez con aquel hombre rebelde y enemigo de la patria, y reuniendo un poderoso ejército le hizo pasar á la Península á las órdenes del anciano pero experimentado cónsul, Quinto Cecilio Metelo, apodado el Pio.

Sertorio comprendió desde luego la superioridad del ejército enemigo, más disciplinado y numeroso que el suyo, pero conoció también la inferioridad del caudillo que le mandaba, y concibió un proyecto que instantáneamente puso por obra.

Mandó uno de sus oficiales al campo contrario proponiendo á Metelo concluir con un combate personal la campaña, á condición de que el ejército, cuyo caudillo sucumbiera, se pondría al terminar la lucha bajo las órdenes del vencedor.

Cecilio Metelo, que conocía harto bien que la ventaja estaba del lado de Sertorio, contestó diciéndole al mensajero:

—Volved á vuestro campo, y decid á quien os en-

via que no admito el desafío, porque no es justo hacer que dependa del éxito de un combate personal la suerte de los ejércitos, y la fortuna de la república.

Semejante contestación, por mas prudente que fuera, no agradó ni aun á sus mismos soldados, los cuales empezaron desde entonces á formar un concepto poco favorable de su ánimo y de su valor.

Y si esta acogida tuvo entre los suyos, fácil es de comprender la manera con que lo sería en el ejército contrario, donde el nombre de Metelo fue en adelante pronunciado con el desprecio mas profundo.

(Se continuará.)

JULIAN CASTELLANOS.

EL AMANECER.

Allá lejana,
triste campana
va despertando
con sus tañidos
los blandos ecos
que están dormidos,
y al hombre dicen
¡murió el ayer!
¡Ayer!... ¡misterio
que agobia el alma!...
Risas y lágrimas,
oprobio y palma,
á oculto cauce
se lleva el noto...
¿Do el mar ignoto?
¿Do está el no ser?
¿Do está?... Decidlo,
egregios sabios;
pendiente el orbe
de vuestros labios,
escucha ansioso...
Decid: ¿qué genio
guarda celoso
la llave mágica
del porvenir?
¿Callais?... Espléndido
del caos oscuro,
va el hoy surgiendo
alegre y puro.

¡Dirige al cielo

su planta osada,

la frente ornada

de oro y zafir!

Ya el alba asoma,

las sombras huyen,

la flor su aroma

entrega al viento;

forman las aves

grato concento,

todo respira

ventura y paz.

¿Qué es lo que dicen

con sus rumores

brisas y fuentes,

aves y flores?

¿Qué es lo que dice,

sabio orgulloso,

ese armonioso

eco fugaz?

¡Piensa en el grande

Criador del mundo,

de tantos bienes

cauce profundo,

de aquel que gime

dulce alegría,

que engendra el día,

da al sol fulgor!

¡Oh! ¡sé bendito,

Dios sacrosanto;

tú el alma acoge

bajo tu manto!

¡Bendiga el hombre

doquier tu nombre;

tu nombre, símbolo

de paz y amor!"

ANGELA GRASSI.

Madrid 11 de enero de 1864.

UN EPISODIO DE LA GUERRA DE LOS ESTADOS-UNIDOS.

Una escena interesante pasaba hace tres años en una bella mañana del mes de mayo, en casa de un rico plantador de la Virginia, llamado Stephen. Se iba á celebrar el contrato matrimonial de la encantadora Edith Stephen, su hija, con Jorge Vernon, brillante oficial de la armada federal, é hijo de uno

de los mas importantes manufactureros de Filadelfia. Las dos familias se conocian de largo tiempo, y la union de los dos jóvenes habia sido siempre convenida entre los parientes.

Ademas, si las posiciones sociales estaban perfectamente acordes, los caracteres no lo estaban menos, y eso que las conveniencias reciprocas del cultivador y del manufacturero estaban unidas, y lo estaban todavía mas indisolublemente por la nueva simpatía de los novios. Dichoso acuerdo entre el corazon y la dote, que no es fácil encontrar todos los dias.

Jorge tenia veinticinco años. Era moreno, vigoroso, atrevido; la marcial franqueza del militar respiraba en sus enérgicos rasgos y en la viveza de sus negros ojos, que tenian, sin embargo, una sentimental expresion de belleza. En su boca imperiosa, habituada al mando, se encontraban á veces sonrisas de una gracia irresistible, sobre todo cuando se acercaba á su futura, ó cuando él escuchaba y parecia recibir con una emocion visible las palabras caidas de sus labios.

Edith, siete años mas joven que él, ofrecia un tipo notable de esa belleza criolla que se debe al clima y al sol del que ella recibia una emanacion directa, teniendo el raro privilegio de reunir á la belleza precoz de la mujer todas las gracias de la juventud y su virginal candor. Era rubia, pero no de ese rubio pálido y frio de las hijas del Norte, sino ese rubio sedoso y cálido de Oriente, de España y de las Antillas, donde cree uno ver brillar todo el fuego del dia, y que, al arrojar los reflejos metálicos, hace como una aureola, es decir, ella revela la elegancia, un poco muelle, voluptuosa, de este tipo, por la nobleza y distincion que no tienen generalmente mas que las mujeres de raza del antiguo mundo.

Hubiera sido difícil encontrar un carácter que contrastase con mas ventaja con el de Jorge.

Se sabe, en suma, que la verdadera simpatía nace ordinariamente de estas oposiciones. Así como él era vivo, bullicioso, irreflexivo en el primer momento, al contrario ella, tranquila, pensativa, reservada, concentrada en sí misma; él no podria concluir lo que á ella le faltaba de este fuego sagrado de la juventud, manantial de entusiasmo y de sublimes afecciones, este era un fuego que los abrasaba; sin

embargo, él tenia un rasgo comun, en el cual, bajo la diversidad la mas notable, las naturalezas elevadas saben siempre reconocerse: era una lealtad perfecta, y una fidelidad llevada hasta el heroismo en los sentimientos.

Después de algun tiempo, la lucha fratricida que devasta hoy la América se dejaba presentir en uno de sus signos no equívocos. *La Cabaña del tío Tom*, esa novela que ha encontrado eco en todo el mundo, y aun en la vieja Europa, traduciendo delante el tribunal de la opinion universal este baldon permanente que se llama esclavitud de los negros, llegó á poner el fuego á la pólvora. Todo presagiaba que una guerra larga y terrible estallaria el dia de la eleccion de un presidente abolicionista, daria á los Estados del Norte y á la causa de la libertad que ellos defienden, una preeminencia marcada sobre los Estados del Sur, propietarios de los esclavos negros y defensores interesados de la esclavitud.

Ese dia, allí, las dos familias Vernon y Stephen, se hallaban separadas por un aborrecimiento tan cordial como el que existia en Verona entre los Montagu y los Capulet.

Esto es lo que presentia vagamente Edith, colocada frente á frente de Jorge, por esta aprension dolorosa en la situacion dramática de Julieta á la presencia de Romeo; tambien, á pesar de esta emocion de tristeza tan natural, y del error secreto que experimenta siempre una joven, dejando por un presentimiento tan grave y tan lleno de incertidumbre los mas dulces recuerdos de su infancia, los testimonios de su tranquila felicidad, de su vida inocente, halagaban todos los votos el instante en el que debia ser unida á Jorge por un lazo que todos los furrores de la guerra civil no podrian romper.

¡Ay! sus presentimientos no la engañaban, y la desgracia que la seguia de lejos la abatia; llegó mas pronto todavía que ella podia esperar.

En la madrugada del 21 de mayo, que debia inaugurarse para Jorge y para Edith el mas bello dia de la vida, se cubrió en un instante de un crespon funebre.

Tres funestas noticias se sucedieron en algunos minutos de intervalo.

El presidente Lincoln acababa de ser elegido, de

clarándose contra la causa de los Estados del Norte. Esta eleccion era la señal de la lucha.

La mayor parte de los Estados del Sur habian ya pronunciado su separacion. La Virginia habia sido la primera á dar el ejemplo, decidiéndose por la resistencia.

Una órden llegada de Washington, por correo extraordinario, obligaba á Jorge á ir al ejército, bajo pena de alta traicion, para emprender su servicio en la armada federal, que se preparaba á entrar en campaña.

La escena que tuvo lugar en casa de Mr. Stephen no se presta á la descripcion. Las variaciones de un teatro os parecerian mas verdaderas. Es necesario para comprenderlo tener en cuenta las costumbres, las ideas y el temperamento de los americanos. Es necesario conocer tambien la gravedad, y ese absolutismo increíble que imponen las máximas del culto presbiteriano.

Mr. Stephen y Mr. Vernon, los amigos de veinte años, olvidando en un momento todas sus relaciones pasadas, todos sus proyectos de dicha para sus hijos, se lanzan una mirada de odio y de despecho, cual se arrojan el mohican y el huron cuando se encuentran cara á cara; de las recriminaciones pasaron á las injurias, de estas á las amenazas, y hubieran pasado adelante si Jorge y Edith, desolados, no se hubieran precipitado entre ellos; tanto la pasion política llevada hasta lo absurdo habian cambiado á estos dos hombres de un buen sentido ordinariamente y de una calma flemática!

Los dos pobres novios se miraron alternativamente, con una mirada de una elocuencia suplicante, tanto á Mr. Stephen, como á Mr. Vernon; pero Mr. Stephen estimaba mas á sus negros y á su algodón que á su hija. Mr. Vernon inmoló los suyos al triunfo de sus principios políticos, y la guerra, una vez declarada, los dos brutos americanos no debian retroceder.

Mr. Stephen agarró á Edith por el brazo, y le dijo: «Si jamás el nombre de este hombre sale de tus labios, yo te reniego por mi sangre.»

No queriendo ser menos Mr. Vernon, gritó mirando á su hijo, y poniendo en blanco los ojos: «Elige entre tu matrimonio ó la maldicion de tu padre!»

Despues de esta cruel escena, volviéndose la es-

palda, hicieron por dos puertas opuestas una salida majestuosa.

Hubo un momento de escitacion entre los dos jóvenes. Despues de dirigirse una profunda mirada de despedida, toda cargada de lágrimas, siguieron cada uno por el camino del deber, siguiendo á su padre.

Un mes mas tarde, las hostilidades habian comenzado, y un cuerpo de la armada federal, del que formaba parte el batallon comandado por Jorge Vernon, invadia la Virginia.

El azar quiso que las operaciones militares fuesen dirigidas precisamente en la vecindad de las plantaciones de Mr. Stephen. Á la aproximacion de los soldados del Norte, que ellos miraban como sus libertadores, todos los negros de este último se insurreccionaron, y se fueron á buscar asilo en el campo federal.

Esta desercion en masa era la ruina para Mr. Stephen, y con todo este acontecimiento no tuvo por resultado llevar las ideas de conciliacion.

La tarde de esta jornada fatal, Edith se paseaba sola en el jardin entregada á mil reflexiones amargas, cuando vió venir hácia ella un extranjero, en el que pudo reconocer bien pronto los rasgos característicos de una persona querida.

—¡Ah! ¡cómo, desgraciado!—esclamó ella! ¡qué vienes aquí á hacer!... huye, por Dios. Si mi padre te descubre en el estado de exasperacion en que se halla, podria cometer un crimen, y yo me moriria.

Jorge, pues era él, se inclinó respetuosamente delante de la jóven, y le dijo con una voz conmovida:

—¡Edith! vos sois la mujer que yo tengo elegida delante de Dios; sin vos, yo presiento que jamás la dicha entrará bajo mi techo.

Consentid en ser mi esposa; en una hora, un ministro que ya tengo prevenido, y que nos espera á una media legua del campo, nos unirá. En seguida yo rompo mi espada, y nos embarcamos, marchándonos á vivir dichosos en Europa, lejos del tumulto de esta guerra impía.

Al cabo de algunos instantes, Edith contempló á su amante con una ternura inesplicable; despues, con un profundo suspiro de resignacion, le dijo con una voz á la vez dulce y grave:

—Mi querido Jorge: Dios sabe, y vos mismo sa-

beis, que yo tenia fijas en esa union mis mas caras esperanzas. Pero al sentir la maldicion de un padre, por mas injusta que ella sea, será para vos como para mí una desgracia ciertamente irreparable: romper vuestra espada seria una felonía, y es un deber en nosotros doblar humildemente la cabeza bajo los designios de Dios. Esta sumision nos hará dichosos, y nos reunirá mas seguramente que por los medios que vos habeis pensado en un acceso de desesperacion.

Subyugado y convencido por el acento penetrante y dulce con que esta respuesta fue pronunciada, Jorge bajó la cabeza, abatido, exhalando unos suspiros que hubieran protestado contra la sublime resignacion de Edith.

Algun tiempo despues, una sangrienta batalla tuvo lugar en Manassas. La armada del Sur puso en derrota las tropas federales, y su victoria fue seguida de escesos que debian atraer sangrientas represalias.

En efecto, exasperados por las muertes y los pillajes de los insurrectos del Sur, los soldados federales y los negros emancipados fusilaban impiamente todos los desertores y á todos los merodeadores que podian coger.

Un dia llevaron fuertemente sujeto delante de Jorge Vernon un voluntario del Sur que unos soldados del Norte habian hecho prisionero en el momento en que él salia de una quinta devorada por el incendio, que se acusaba de haber encendido él mismo.

Jorge contempló atentamente á este hombre; despues se dijo: «Este es Stephen, este es el verdugo de mi corazon que la Providencia pone en mis manos.»

Durante un momento, una idea de venganza le sube á la cabeza con una ráfaga de sangre; pero casi tan pronto la imagen adorada de Edith se interpone entre él y esta tentacion. Jorge resuelve salvar á Mr. Stephen.

Le hizo llegar á la quinta, donde sufrió un corto interrogatorio; despues le envió á su tienda, donde le hizo guardar á la vista por dos soldados que le eran adictos.

Pero los que habian hecho á Stephen prisionero exigian absolutamente que le fusilaran en el campo. Jorge, resistiendo á sus exigencias sanguinarias, llegó á hacerse sospechoso. Las murmuraciones se oyeron entonces, pues se gritó ¡traicion! Esto fue bien

pronto una verdadera insurreccion, y el generoso oficial estuvo él mismo en peligro de muerte.

Pero allí, recobrando toda la energía de su carácter, arma su revolver pronto sobre la cabeza del primer audaz que levante la mano sobre él.

Esta firme actitud impone á los amotinados, que se resignaron á la obediencia.

Por la tarde, un hombre vino á buscar á Stephen, y le condujo fuera del campo, poniéndole en libertad.

El plantador llegó en un momento á su casa, y entrando, abrazó á su hija con una ternura extraordinaria. Era un hombre metamorfoseado.

Él puso á Edith al corriente de todo aquello que le acababa de pasar, y no olvidó de elogiar la generosa intervencion de Jorge, por la que él conservaria eternamente su reconocimiento, y la afeccion que le tenia manifestada en los dias pasados.

—Yo levanto mi interdiccion,—añadió él terminantemente;—y si Mr. Vernon ahora vuelve, como yo, á los sentimientos mejores, vuestra dicha, pobres niños, no será mas largo tiempo diferida.

Por otro lado, el manufacturero de Filadelfia no pudo resistir largo tiempo á las súplicas de su hijo. Una carta de Mr. Stephen, en la que este último confesaba sus torpezas, y hacia las primeras ofertas de reconciliacion, acabó de decidirle.

Para el orgulloso plantador, una carta parecida era pagar largamente á Jorge su deuda de reconocimiento.

Dos meses despues, Edith se llamaba lady Vernon.

Hoy los dos nuevos esposos están en Paris, donde esperan el fin de los acontecimientos de América. Su dicha es inalterable, porque han sabido someterse á las leyes del destino, siempre resignados, y rindiendo respetuoso culto á los sagrados deberes que nos impone el amor filial.

(Traduccion libre del francés.)

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Á LA MEMORIA DE LA ESPOSA DE MI CARO AMIGO DON JOSÉ MIRÓ.

ELEGIA.

¡Con torcedor profundo
del angel de tu hogar lloras la muerte!

De cuanto hay en el mundo
tal es, amigo, la futura suerte.

—
¿Viste pasar el mayo
perdiendo sus perfumes y colores,
y el encendido rayo
que alcanzan al nacer las blancas flores?

—
¿El arroyo, do viste
del ave reposar la planta leve,
cuantas veces reviste
su blando lecho de rizada nieve?

—
Una vez, y otras ciento,
¿no viste cuál el árbol se despoja,
y al rebramar del viento
se pierde en lontananza hoja tras hoja?

—
"Mas ¡ay!—dirás—al año
vuelven las flores y á correr la fuente,
y con poder extraño
Seco el árbol crecer sus hojas siente;

—
"Mientras que ya perdida
la mujer que yo amé con loco anhelo
no retorna á la vida,
no vuelve el astro á ser de mi consuelo.

—
"Fresca rosa galana
que las auras de abril puras mecieron,
gloria por la mañana,
¿qué es de tus hojas que mi dicha fueron?

—
"Tu esbelto talle hermoso
que la brisa ligera doblégaba,
con ondular gracioso
y otra vez arrogante se quedaba;

—
"¿Por qué en el suelo yace
por fiero vendabal ora inclinado,
y en él la oveja paze
viéndole sin colores agostado?

—
"Una vez arrancada,
el tiempo poco á poco la consume,

y cuando marchitada,
ni reliquia quedó de su perfume."

.....
.....
Con torcedor profundo
del ángel de tu hogar llora la muerte;
de cuanto hay en el mundo
tal es, amigo, la futura suerte.

PEDRO ANTONIO TORRES.

EL ARREPENTIMIENTO ES UN NUEVO BAUTISMO.

NOVELA DE COSTUMBRES SOCIALES,

original

DE JULIAN CASTELLANOS.

Continuacion (1).

Juan miraba con ávidos ojos á aquellos seres, que, jóvenes como él, se entregaban á los placeres con tanta efusion, desparramando el dinero en satisfacer efimeros caprichos, mientras él se veía en la necesidad de pedir una limosna para poder proporcionarse una luz con que terminar su trabajo.

Á la vista de tan escitante como encantadora escena, el orgullo y la virtud luchan en su corazón.

Un mar de encontrados pensamientos se agolpan en montón á su mente calenturienta, haciéndole vagar en regiones para él hasta entonces desconocidas, y nuevos y ardientes deseos germinan en su virgen alma.

Entregado á estos pensamientos ve cruzar ante sus ojos una mujer de peregrina hermosura que, al pasar á su lado impregnando el ambiente de delicado aroma, se mira sonriendo y modula á su oído, con una voz mas escitante que el canto de una sirena, un adios dulcísimo, y pasa rápida como una ilusión, volviendo de cuando en cuando su rostro animado de una encantadora sonrisa.

Juan se siente arrastrado, por un sentimiento que desconocía, hácia aquella mágica aparición.

En su inocente pecho empieza á germinar el amor, ese sentimiento grande y misterioso que se abriga en todos los seres.

(1) Véase el número anterior.

El pobre jóven ha visto un ángel de ventura en quien solo es una desgraciada mujer.

Una de esas flores tempranas agostadas en la primavera de la vida por el cierzo del vicio y de las pasiones.

Uno de esos ángeles caídos que arrastran por el in-mundo lodo sus alas de colores vivisimos.

Pero Juan, entusiasmado, contempla desaparecer aquella hada celestial sin poder moverse del sitio donde se encuentra, hasta que le saca de su arrobamiento una mano que, cual un garfio de hierro, ase su brazo.

Entonces vuelve en sí, y se ve en medio de un ancho círculo de curiosos que le rodean con rostros iracundos y amenazadores, y escucha á uno de ellos que, mostrando en su mano un blanco pañuelo de batista, decia con cólerica voz, dirigiéndose á dos agentes de policía que allí acudieran:

—Prendan Vds. á este pillete, que es el cómplice del ratero que ha huido.

Y Juan, sujeto por los dos agentes de la autoridad, que se niegan á escuchar sus escusas, y que solo ven en su sorpresa y su aceleramiento una prueba mas de su delito, es arrastrado á la fuerza, en medio de los insultos de todos, á casa del celador del barrio, que manda le conduzcan inmediatamente al Saladero.

El caso habia sido que en el café cercano á donde, como hemos dicho, se colocó nuestro jóven, sorprendido un ratero, de los muchos que abundan en la coronada villa, en el momento de haber estraido del bolsillo de una señora un pañuelo, salió huyendo y arrojó á los pies de Juan el objeto robado, motivo por el cual la gente que saliera en su persecucion tomó equivocadamente á nuestro jóven por un cómplice de aquel miserable, que, diestro ya en arrostrar tales percances, logró eludir la persecucion de que era objeto.

CAPÍTULO III.

El Saladero.

Al siguiente dia, Juan, despues de una noche de fiebre y de delirio, lloraba amargamente acurrucado en uno de los ángulos de una estensa habitacion de la cárcel del Saladero, contemplando con espantados ojos la multitud de presos que, teniendo en su faz retratado el crimen, paseaban cantando alegremente, lanzándole brutales chanzonetas y riéndose de sus lágrimas.

Desde un grupo en el cual se referian las proezas cometidas durante su carrera de crímenes por cada uno de los que le formaban, un hombre grueso, de pequeña estatura, de abultadas facciones y de mirada de lobo,

en cuya fisonomía se veian pintadas la doblez y la maldad, contemplaba de una manera particular y profunda á nuestro jóven.

Aquel hombre era uno de esos seres envilecidos, cuyo corazon, seco por el vicio, se encuentra dispuesto á toda clase de escesos.

Uno de esos seres que, en guerra con la sociedad, no hay cosa que respeten por santa que sea, para quienes el pundonor y la virtud son solo vanas utopias.

Era miembro de una secreta asociacion dedicada á falsificar toda clase de documentos, á la par que á la fabricacion de monedas.

Sus manos se habian teñido varias veces con la sangre de sus semejantes, y en la ocasion presente se veia preso por sospechas de un asesinato.

Pero estas sospechas habian sido completamente desvanecidas á fuerza de oro é influencias, pues nuestro héroe poseia en gran cantidad aquel metal que tantos milagros obra, y en aquel dia, ó á lo mas al siguiente, esperaba ser puesto en libertad.

Á este hombre, á quien se le conocia entre los presos con el apodo del *Dómine*, porque dotado de un tacto profundo y bastante conocedor del corazon humano, sabia atraerse á sí cuantas personas necesitaba para realizar los diabólicos planes que con tanta maña como celeridad confeccionaba, se le veia siempre sembrando en el corazon de los jóvenes, con especialidad, las venenosas doctrinas que abrigaba dentro de su alma corrompida.

Largo rato estuvo observando atentamente á Juan, despues de lo cual se acercó á él con cierto aire de proteccion, y nuestro jóven, que no habia visto á su lado desde que pisara aquel recinto mas que rostros que se burlaban de sus sufrimientos, escuchó con escensiva complacencia las palabras de consuelo que aquel miserable le prodigaba para fascinarle mejor; y con una franqueza propia de sus diez y ocho años le refirió su historia y el injusto motivo por que le prendieran.

—Sí, hijo mio, tienes razon en quejarte, le dijo aquel hombre con acento compasivo, pero ten presente que casi todos cuantos ves aquí somos otras tantas víctimas de la arbitrariedad y de la injusticia.

La sociedad, esa señora que tantas garantías debe tener para sus individuos, y á quien estos deben guardar tantos respetos, es siempre una madre cariñosa para los que consiguen deslumbrarla con el brillo de sus trenes y con el oro que desparraman; á esos les halaga, pone en sus manos todos los privilegios, pueden

ejercer todos los derechos porque son los hijos mimados de la fortuna; pero es una madrastra cruel é impía para los que nada poseen, consiguiendo solo en pago de su trabajo el tener que cumplir todos los deberes, solo porque son los desventurados hijos de la desgracia.

(Se continuará.)

REVISTA LITERARIA.

ALBUM DE LA VIOLETA.

LA MEJOR JOYA, EL HONOR, *comedia en tres actos y en verso, original de D. Eduardo Zamora Caballero.*

—*Liceo Piquer.*—SIMÓN BALLESTER, *novela original de D. Miguel Bibiloni.*

Tarea grata seria para el autor de estas líneas escribir las siempre con tinta de color de rosa, como se suele decir, y consagrarlas por completo á celebrar los triunfos y la gloria del humano ingenio en el mundo del arte y de la inspiración; pero á ello se oponen muchas veces causas independientes de su noble deseo, entre las que figuran los tiempos con su rara esterilidad por una parte, y por otra la decadencia visible del teatro, supeditado en su rumbo á un extravío deforme que concluiría por rayar en lo monstruoso, si la herencia de Cervantes no se somete al agua lustral que recomienda el criterio recto.

Y cuenta que á este no le es dado conceder aplausos redondos con menoscabo de la justicia, aunque en ello quede malparada su galantería, porque esto, no solo sería abdicar puerilmente su dignidad, é imponer el absurdo á la parte mas sensata del público, sino separarse de su noble misión, que es la de atenuar el estrago, ya que remediarle en absoluto sea un milagro superior á sus fuerzas.

Hay no pocos autores que, á semejanza de ciertos veteranos militares de todos los tiempos, miden su gloria por el número de las batallas campales en que se encuentran, ó, en otros términos, cifran su mérito en la cantidad, sin atender á la calidad, que es, francamente hablando, la esencia mas gloriosa de las creaciones del genio. Pero estos autores no deben echar en olvido que si al militar honra sobremedera asistir á muchas batallas campales, y aun recibir en

ellas su bautismo de sangre, por mas que luego le anonade la derrota, al escritor público, y especialmente al que se consagra á la dramática, no le honra gran cosa un combate donde ha de quedar vencido, ni su fama se ha de levantar sobre sus caídas, ni el blason de su gloria se ha de hermosear á espensas del disgusto de la opinión. *Mucho y bien, rara vez se ven*, dice un antiguo proverbio castellano, y la experiencia lo confirma. Homero no pudo hacer mas que una *Iliada*; Molière, un *Tartufe*, y Pedro Corneille, un *Cid*.

Esta revista tiene hoy por principal objeto examinar brevisísimamente una comedia en tres actos y en verso, original del laborioso escritor Sr. Zamora Caballero, intitulada *La mejor joya el honor*, y estrenada con poca fortuna en el lindo coliseo de la calle de la Magdalena.

La circunstancia de considerarse honrado el autor de estas líneas con la amistad del Sr. Zamora, cuya mano estrecha siempre en público con gozo y contentamiento, le impone el deber de hacerle unas cuantas insinuaciones de amigo, no en forma de consejo, porque esto sería ridículamente pretencioso, sino inspirado de una viva simpatía y de una leal intención, que el Sr. Zamora sabrá justipreciar debidamente, pues si no encierran insidiosas alabanzas, que halagan menos que perjudican, atesoran algunos quilates de razón que pueden redundar para lo porvenir en beneficio propio.

Aventajado escritor es el Sr. Zamora Caballero, á pesar de sus cortos años, y con gran placer reconocemos en él cualidades literarias de no poco valor, entre las que principalmente descuellan una predisposición natural para sacar notable partido del arte del bien hablar, y una *vis* cómica llena de gracia y desenfado, cualidades dignas de loa que, dirigidas por vía recta, no pueden menos de acarrearle una posición modesta en el mundo literario; pero el Sr. Zamora no debe ignorar que esto se consigue á fuerza de tiempo y de constancia, sin impaciencia y sin acazoramiento, esmerándose incesantemente en la propia perfección, y siguiendo las huellas de los mas felices cultivadores del arte.

Y ya que nos hemos permitido señalar al Sr. Zamora la *meta* ó derrotero que ha de conducirle seguramente á un término brillante, tampoco hemos

de omitir una observacion juiciosa que le interesa por mucho apreciar con criterio sano, porque de ella depende en absoluto la celebridad del genio, y es como la base y sosten de su grandeza. El carácter saliente del talento creador, el único que constituye lo que podemos llamar su manera de ser, estriba en que sus concepciones han de salir á la luz con lo que los preceptistas denominan *estilo propio*, *género propio*, *idea propia*, en una palabra, con esa originalidad exclusiva que en el sentido recto se podría definir así: «Pintura exacta de la naturaleza, atemperada en sus horrores, y resplandeciente en sus maravillas.» Sin estas condiciones, no se puede ser autor.

Un reputado crítico francés ha demostrado hasta la evidencia que los caracteres son como el alma de las obras del genio, y que cuando se anulan, por mas que se haya rendido sublime culto al bello ideal, mueren las obras por falta de razon, de utilidad y de verosimilitud. Esta lógica atesora una verdad de orden superior. El vacío de los caracteres en una obra del ingenio humano, no se puede soportar en manera alguna: queda hueca y monótona: no deleita, sino que abruma y hastía; en una palabra; son una necesidad de primer orden, sin la cual desaparecen la augusta majestad del arte, su conveniencia, y ese *quid divinum* que le acarrea todas las admiraciones.

Dando fin á estos preceptos simplicísimos y elementales, que en esta ocasion representan fielmente el eco de la voz amiga, vamos á ocuparnos con toda la brevedad posible de la última comedia del Sr. Zamora, representada, como ya se ha dicho, en el coliseo de Variedades.

La mejor joya el honor, es una obra en que el señor Zamora no ha correspondido verdaderamente á las esperanzas que teníamos derecho á cifrar en su talento, considerando algunas de sus anteriores producciones. No dudamos que el Sr. Zamora sabrá subsanar en lo sucesivo este grave descuido; pues toda derrota literaria, considerada á la luz de la filosofía, siempre nos ofrece alguna leccion que puede aumentar el caudal de nuestra experiencia.

En cuanto á su última comedia, *La mejor joya el honor*, permitános que le digamos es una obra sin coherencia y sin caracteres, perfectamente deshilvanada, sin trama y sin situaciones de efecto. Todo en

ella es débil y como de media tinta, resultando monótona y pueril, con forma de leyenda dislocada. Es una rapsodia, en la que, por decirlo así, aparecen retorcidas las frases, las ideas, los pensamientos y los detalles de otras obras que el público ha juzgado, resultando de esta malhadada confusion un extraño *palimpsesto* ó *germanía* dramática, imposible de clasificar.

Sin embargo, justo es reconocer que está bien hablada, y es lástima que el Sr. Zamora haya empleado su trabajo en corporalizar un pensamiento conocido del público hasta la saciedad, y tratado por otros autores con mas acierto. Hé aquí un rumbo que debe abandonar completamente el joven autor, si aspira á recoger fruto y provecho de sus esfuerzos literarios.

Mucho podríamos decir al Sr. Zamora sobre su última produccion; pero desistimos de ello, atendiendo á que se halla en los principios de la carrera dramática; y si tiene siempre en cuenta las observaciones generales que nos hemos permitido hacerle anteriormente, no dudamos que alcanzará una reputacion apreciable entre nuestros modernos autores.

Aparte de las malas condiciones de su obra, justo es tambien decir que la ejecucion ha contribuido poderosamente á su desgraciado éxito. ¡Cómo se hace notar la falta de Romea en el coliseo de Variedades! La Sra. Diaz y el Sr. Oltra interpretaron su parte de una manera que no se puede comentar. Únicamente Mario, actor de inteligencia y de pasion, actor poseido de una fe grande y de un entusiasmo nada comun, logró arrancar aplausos espontáneos en dos ó tres situaciones de la obra. Reciba nuestra cordial enhorabuena.

Pasando por alto otras novedades teatrales de escasa importancia, vamos á fijar la atencion de nuestros lectores sobre el lindísimo Liceo Piquer, mansion de gracia de la coronada villa, templo donde el arte aparece como endiosado, refugio placentero de la amistad y de la alegría, y el olimpo encantador de la metrópoli, donde se rinde magnificante culto al bello ideal en sus mas brillantes manifestaciones.

Cada vez que tomamos la pluma para ocuparnos de esta incomparable institucion, nos sentimos dominados por un alborozo indefinible, debido á que, allí

donde un ánimo escéptico y pesimista no descubrirá tal vez mas que un elemento de distraccion, descubrimos nosotros una muchedumbre de miras levantadas y generosas, un objeto eminentemente grande y plausible, y un fin de superior sublimidad.

En la última sesion, celebrada el lunes 11 del actual, se puso en escena la conocida y nunca bien ponderada obra de Molière *El Médico á palos*, en cuya ejecucion se distinguieron notablemente los señores Vega y Gonzalo, conquistando el primero una verdadera ovacion. Á la representacion de la comedia siguió un aria cantada por la señorita de Marin, que fue escuchada con sumo placer. La señorita de Brieva cantó otra con afinacion y delicadeza; y, por último, la señorita doña Carmen Güell cantó la tercera, distinguiéndose por su bravura, por su energia y por su excelente método de canto. La señorita de Riego Pica amenizó la sesion leyendo una excelente poesia, y el Sr. Romero recitó otra que arrancó nutridos aplausos.

En adelante nos ocuparemos con preferencia de los acontecimientos de este afortunado Liceo, cuyos atractivos acrecientan la bondad y la galanteria de los señores de Piquer, á quienes el buen gusto es deudor de tan maravillosos triunfos.

Antes de cerrar esta revista nos vamos á permitir dar cuenta á nuestros lectores de un libro que tenemos sobre el tapete, y cuyo título es *Simon Ballester* (el Tuerto), novela histórica debida á la pluma del jóven escritor mallorquin, Sr. Bibiloni.

La circunstancia de ser este libro una especie de patente con la cual se presenta su autor en el mundo literario, nos ha hecho examinarle con detenimiento, si bien no tenemos en nuestro poder mas que unas cuantas entregas que van publicadas, bastantes, sin embargo, para juzgar de la índole, tendencias y desempeño de la obra, y de la ilustracion de su autor.

El Sr. Bibiloni, con aspiraciones modestas que honran sobremedida al que en realidad posee el verdadero mérito, ha hecho un trabajo histórico muy apreciable, y en él se propone darnos una idea de aquella famosa revolucion de las Baleares acaecida en 1450 bajo el reinado de Alfonso V de Aragón, y en la que un héroe popular, de linaje oscuro, pero de conciencia recta y vigorosa, levanta el estandarte

que mas tarde levantaron Padilla y Maldonado, sufriendo como estos el bautismo de sangre en aras de las libertades patrias. Interesante es el asunto que ha elegido el Sr. Bibiloni para trazar su novela, porque Mallorca, donde tiene lugar la accion, es una de las perlas mas queridas de la corona de España; alienta con nuestra propia vida, y respira el ambiente de nuestra comun grandeza. Si á esto se añade que la obra está escrita con correcta diccion, con entusiasmo ferviente, y con notable galanura de estilo, se tendrá una idea exacta del trabajo del Sr. Bibiloni, digno del aprecio y de la consideracion del público.

Bien venido sea este nuevo adalid literario, y ojalá que sus desvelos alcancen la debida recompensa.

LEANDRO ANGEL HERRERO.

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

Si la moda siguiese la disposicion del tiempo, se mostraria triste y encapotada bajo la impresion de una lluvia incesante que impregna el espíritu de *spleen* y de negras ideas.

Afortunadamente mis elegantes lectoras, por impresionables que sean, no se dejan llevar de una melancolía que solo tiende á desfavorecer sus encantos, y embebidas en confeccionar sus *toilettes* de sociedad, no las preocupa el acompasado son cuyo arrullo necesitan para cerrarse al sueño los desvelados ojos de los amantes y de los políticos.

Al sonar la hora fijada las han de conducir al teatro de sus triunfos los suntuosos carruajes que de antemano las esperan, deslumbradoras con los siguientes trajes:

Uno de tul blanco con varios encañonados aplicados de cinta azul en el bajo de la falda; el volante inferior, mas ancho que los otros, está superado de una blonda. La túnica Luis XIV es de tafetan azul guarnecida de conchas de tul y blonda bullonadas, entremezcladas de escarapelas de raso del mismo color. El prendido es de terciopelo azul y blonda blanca, viniendo á parar en dos puntas á la nuca. La diadema se compone de cocas de cinta color de cielo, y de albohales de terciopelo mezclados de follaje cardado.

El otro traje es tambien de tul, guarnecido de cuatro volantes encañonados, ribeteados de cinta blanca y bordeados de una blondita. Lazos de raso de distancia en distancia, retienen un precioso boton de rosa musgosa. Un doble velo de tul se levanta con grupos de rosas. Las mangas son bullonadas, y el cuerpo drapeado, adornado por el mismo estilo. El adorno de cabeza es una cintilla de terciopelo verde accidentada de rosas musgosas, y pluma blanca inclinada hácia la frente.

Mirad qué deliciosos modelos de tocados.

Uno napolitano sumamente gracioso, de blonda blanca, guarnecido de una blonda ondulada al borde de un terciopelito punzó. Por delante está adornado de margaritas de terciopelo negro y de rosas encarnadas entre verdor y follaje cardado, rodeado de cocas de terciopelo.

Otro en forma de semicorona; la diadema es de lilas blancas, de botones de rosas y de varias cocas de terciopelo negro de tres centímetros de anchura.

Merecen citarse las toquillas escocesas de terciopelo negro adornadas con un listoncito cargado de pajillas de mil colores, de una pluma negra, de plumas de pavo, y de un penacho blanco fijado con una presilla de diamantes.

Los adornos compuestos de palo de oro entrelazado de ramas de abeto y de manzanillas de pino reunidas en la diadema, son tipo de novedad y encantadores, como asimismo una cintilla de terciopelo verde accidentada de cardos y de follaje de terciopelo, mientras que la rama vuelve ligeramente hácia la frente.

Los sombreros de terciopelo plano se adornan de plumas y de follaje de terciopelo colocados sobre el borde del ala. Las capotas de tul se mezclan con terciopelo pensamiento, negro ó malva. En tul negro los bavolets, los travesaños son de terciopelo; los fondos flojos; esteriormente muy guarnecidos de flores, de terciopelo y encaje, y con bridas de terciopelo.

Los de felpa blanca con puff de terciopelo negro, están destinados á las jóvenes. Se adornan por fuera con botones de rosas entre terciopelo negro.

Los trajes de niñas siguen la fantasía de la moda. Los hay de popelina en todas tintas grises con ornamentacion de tela escocesa, dispuesta en banda mas

ó menos ancha en el bajo de la falda, y reapareciendo igual guarnicion en el cuerpo escotado. Si este es de forma suiza, debe ser con punta delante y detras, añadiendo una pequeña vesta guarnecida del mismo modo. Los sombreros son deliciosos, ya sean de felpa, de fieltro ó de terciopelo, adornados con suma fantasía de plumas de ave, de idem rizadas ó rectas. Como novedades, los trajes bordados en *soutache* mezclado de medallones perlados.

Los niños llevan trajes que se componen de una blusa y un pantalon ajustado en polainas montantes. La blusa tiene varios órdenes de botones en el delantero. El sombrero es de terciopelo, con bordes levantados y penacho de plumas.

El conjunto y detalles de estas novedades nos permiten recomendarlos á las damas de la mas alta elegancia.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN NUM. 1,086.

Primera figura. Vestido de seda fuerte, color dalia, guarnecido en el bajo de un volante y de un entredos de encaje, remontando de cada lado de una manera diferente; por delante sube redondeándose, y el otro cae cuadrado. Los huecos se llenan de pequeños volantes de encaje surmontados de un pequeño entredos. Cuerpo alto con aldeta cuadrada por detras y figurando chaleco, con un entredos. Las mangas son estrechas, guarnecidas abajo y arriba. Cuello y mangas ricas. Adorno de cabeza de encaje negro y flores encarnadas.

Segunda figura. Vestido de tafetan escocés guarnecido de dos volantes de tafetan liso dispuestos segun las rayas y el fondo de la tela. Cuerpo alto, figurando chaleco. Mangas ajustadas, que van ensanchando desde el codo en forma de arco, adornadas con volantitos, cuello y mangas bordadas. Sombrero de terciopelo *epinglé* blanco y encaje negro.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SÁEZ DE MELGAR.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1884.—Imprenta á cargo de D. Antonio Perez Dubrull, calle del Pez, núm. 6, principal.